

EL DOCUMENTO QUE SE LE ESCAPÓ A FOUCAULT¹

PATRICIO AGUIRRE

■ Estudiante de la Maestría en Estudios de la Cultura, con mención en Literatura Hispanoamericana, de la UASB-E; Licenciado en Antropología por la PUCE. Correo electrónico: <pjaguirren@hotmail.com>.

“ Empezó relatando personajes sobre la mayoría de gente que veía o conocía. Poco a poco la gente se mostró reacia, de alguna forma intuíamos el horror creciente. La frase ‘cómo es posible que mi integridad sea un objeto de tal calaña’ era por lo general la más utilizada, por no decir la oficial ante el abuso imparabable de la pluma, ¿o acaso su tinta?

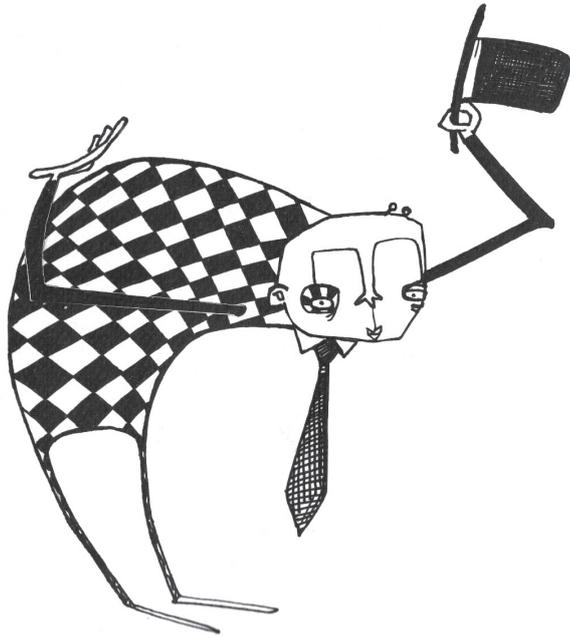
Se sabe que llegó a producir tal cantidad de relatos que la gente, todos los buenos vecinos (hasta mis pantuflas), empezaron a huir de él. A los pocos meses del atraco, hubo una gran organización que puso en juego la utilización de códigos en el pueblo que alertaban de forma eficaz todos los movimientos de este ser perverso y calculador (¡cuánto daño nos hacía!). Todo el día era una empresa destinada a buscar la salvación, y escúchese bien: nadie podía encarcelarlo ni matarlo ni nada semejante que diera lugar a un buen respiro. Se suponía que dicha persona construía ‘cultura’, era pues: Literato.

La cuestión era obvia, no se puede meter en este siglo perdido a un literato (aún más extraviado en sus propios relatos) a la cárcel, ni siquiera recluirlo en un sanatorio; pero hasta hace un par de siglos sí; hace un par de siglos podía uno desaparecer a cualquiera y no hubiésemos tenido que vivir encerrados así. Usted ha leído bien, ¡encerrados! Aunque no fue por mucho tiempo, todos, sin excepción, nos vimos obligados a no salir más (¿sabe usted lo que es estar encerrado?). Fueron años graves, nos era imposible recrearnos en la vida social o bien nuestra integridad como individuo hubiese estado comprometida, reducida a la de un per-

sonaje ¡quién sabe qué personaje! Era mejor quedarse en casa, evitar la desdicha, esquivar la mala suerte de ser descrito así por un sujeto que ni siquiera sabía de nombres propios ‘¡desgraciado de ti si lo supiera!’. Esa era la segunda frase, no oficial, lo segundo jamás se vuelve oficial, sobre todo si aquellos que lo decían, aquellos que leyeron uno que otro relato suyo, optaron por suicidarse. Tal vez usted pensará: ¿y por qué lo leían entonces? Y yo, como cualquier otro habitante de este reino, le contestaría sin más: ¿no conoce acaso el gusto por el mal? Sin embargo, por la buena de Dios y la suerte de todos los buenos ciudadanos, la ciudad se vació por completo, nadie apareció más. Muchos concuerdan en que el escritor se fue quedando sin personajes gracias a este accionar tan inteligente del pueblo: para su mala suerte y la de su pluma, la tinta funcionaba solo si veía a las personas. Dicen pues que murió de la desdicha, imagínese usted lo que es no poder imaginar ningún componente básico narrativo.

Hoy gracias al Señor y a la cordura que siempre termina por normalizarse están aquellos relatos –todos en la biblioteca pública– como ejemplo de lo que puede acontecer y además como un buen instrumento de control de población ¡este debería ser la consolidación de cualquiera que pretenda poner en peligro la paz civil! Ahora la hemos encontrado, así por fuerza de voluntad, integridad y desajuste. Véase aquí un evento aceptable, como bien se lo ha demostrado a nuestro gran ‘escritor’”.

1. Hallado en el “Archivo de la protección al escribiente”. Al parecer falta un pedazo de hoja que supondría el inicio del documento.



POEMA

pum!
se rompe una taza
sus partes resuenan en lo que sobra de esta habitación
parecen hundirme en el quejido de una aguja en su pre-
tensión de coser su sombra en la ventana
pum!
se rompe otra taza
ahora en el fondo o más adentro
y aún más adentro
donde existía una mesa con dos tazas de té vacías
(nadie llegó jamás, ni yo tampoco
aunque solía contemplarlas de vez en cuando)
pum!
...
alguna vez quisiera coser mi sombra en la ventana.

PATRICIO AGUIRRE